

Capítulo V

Ciudad de Guanajuato y la muerte de mi Padre.



En julio de 1968 estuvimos viajando a la ciudad de Guanajuato con mi hermano Sergio Armando y nos hospedamos en un cuarto con balcón, cerca de la Universidad, nos inscribimos para estudiar el Bachillerato Especializado en Leyes.

La ciudad era un lugar de plata y armonía, de bellos y caprichosos callejones que parecían cantar antiguos romances como el famoso “Callejón de beso”, las casitas iluminadas, con fachadas de viento como

nidos de golondrinas colgaban en la noche como estrellas con rostros de eternidad. Bosquecillos de luciérnagas, paisaje deslumbrante, misterioso y desconocido. Es un retrato mágico de todos los tiempos, casas con historia, las plazas acogedoras, las fuentes, los teatros, la Universidad y minas todavía en producción.

El Diario el Universal de la ciudad de México, organizaba conjuntamente con el Gobierno de cada Estado, un concurso de oratoria y el campeón recibía tres mil pesos de premio. Participaba un representante por cada uno de los 46 municipios del Estado, en el caso de Guanajuato, que a su vez, hubiera ganado el concurso municipal de donde procedía.

Ya había sido campeón el brillante y destacado alumno del último año de la Escuela de Derecho Ernesto Arrache, joven orador formado en la Academia de Oratoria que dirigía el maestro Antonio Lomelí Garduño.

Mi padre nos había preparado a mi hermano Ricardo y a mí para inscribirnos. Participaban alumnos de los últimos años de la carrera de derecho de la Universidad con los que era muy difícil competir. Ese año de 1968 Ricardo ganó el concurso celebrado en el Teatro Juárez de la ciudad de Guanajuato. Cuando regresamos a Silao mi padre nos recibió emocionado e impaciente por tener noticias, como yo entré primero a la habitación pensó que yo había ganado, pero al instante le dije:

– Papá, el campeón es Ricardo y lo abrazó con un sentimiento y un orgullo que pocas veces había visto. Su hijo primogénito Campeón de Oratoria del Estado, que alto honor.

Ricardo se fue a la Paz Baja California, al Concurso Nacional en donde quedo en los primeros lugares.

Esa misma semana empecé a prepararme, nuevamente, para el concurso de 1969. Mi padre me dio muchos temas de estudio y todo tipo de ejercicios de dicción, de expresión y de memoria.

El 19 de agosto de 1968, mi padre murió en la ciudad de México, estuvo internado treinta días en el Hospital de los Ferrocarriles, de cuyas ventanas veíamos las primeras manifestaciones de los estudiantes. Los riñones no le respondieron y fue para toda la familia una profunda, llorada y lamentable pérdida.

Los doctores nos dijeron que no había esperanzas, que las horas de mi Padre estaban contadas, entonces varios hermanos fuimos en la noche a buscar un ataúd en una funeraria y encontramos uno plateado y ese escogimos, al día siguiente lo llevaron al hospital para colocar el cuerpo inerte de mi Papá.

Tomamos el tren en la ciudad de México, con el ataúd que iba en un coche especial, sellado oficialmente, porque mi Padre tenía buenas relaciones en los Ferrocarriles Nacionales de México. Me acompañaba en otro coche, uno de sus grandes amigos, don Isidro Lozano. Yo con los ojos llorosos pegados a los cristales de la ventana no tenía ánimos para nada. Pasó el tiempo, no sé cuántas horas y como a las once de la noche el tren nuestro se detuvo en la Estación de Irapuato, unos minutos, en eso yo vi muy claramente que había un ataúd encima de una carretilla de las que usan en todas las estaciones, era el ataúd de mi Padre, acompañado sólo por un perro. Le dije al señor Lozano lo que había visto pero el no le dio importancia, pensó que yo estaba agotado y que había visto visiones. De Irapuato es muy cerca Silao y cuando llegamos a la Estación de esta ciudad, todos bajamos del tren, había muchísima gente esperando a mi Papá con velas encendidas, quisieron abrir el sello del coche especial donde venía, pero el sello estaba roto. Ahí les grité desesperado que yo había visto el ataúd en Irapuato y varios automóviles de la familia y de amistades se trasladaron, inmediatamente, a aquella ciudad para hacer las averiguaciones y las aclaraciones necesarias y recuperar el ataúd. El tiempo cambió y soplaban un viento helado, la noche se desgarraba en el alma de los dolientes. No le deseo a nadie esta pesadilla, parecía un hecho sobrenatural o de fantasmas, nunca supimos lo que ocurrió. El cuerpo de mi padre llegó a Silao en la madrugada, lo velamos algunas horas y el resto del día siguiente para llevarlo a misa de cuerpo presente a la Parroquia. De ahí caminamos hasta el Cementerio Municipal y en el momento que estábamos colocando el ataúd en una gaveta, se oyó sonar varias veces el pito de una locomotora del ferrocarril que habían hecho pasar cerca del Panteón por la vía que sale a Guanajuato, con un sonido largo y lastimero que jamás había escuchado. El Panteón estaba lleno de gente y de compañeros ferrocarrileros que se habían dado cita en ese lugar. La pesadumbre estaba presente y muchas personas lloraban acompañando a la viuda que era mi Madre. Varios de sus hijos nos tragábamos el dolor para no hacer sentir mal al resto de la familia. Los hijos pequeños no asistieron al sepelio.



Por la muerte de mi Padre yo estuve seriamente enfermo de dolor y de tristeza durante mucho tiempo, igual que toda la familia. Mi Madre hacía “milagros” para salir adelante con 13 hijos, pues no le dieron ninguna pensión, aunque le faltaba muy poco tiempo a mi Papá para jubilarse, menos de un año solamente. El sacrificio de mi pobre madre y de mi hermana Alicia, que era la mayor de mis hermanos, era enorme, indescriptible.

El gobierno nunca se ocupó de ella, a pesar de tantos años que le sirvió mi Padre, que fue Jefe también de Estaciones del Ferrocarril en otras ciudades importantes como Guanajuato, Silao y León.

Francisco Azuela, llevando el luto por la muerte de su padre.

Mi Padre murió a menos de mes y medio de la sangrienta matanza de los estudiantes de Tlatelolco, acaecida el 2 de octubre de ese mismo año. Lo ocurrido con los estudiantes fue un hecho injusto, sangriento y doloroso en la Plaza de las Tres Culturas en la Ciudad de México, que ensombreció y convulsionó a todo el país.